

Inmediatamente fué á llamar á un médico judío, y cuando llegó, el infeliz marino se hallaba dominado por una fiebre espantosa.

Era tal su delirio, tan alarmantes los síntomas que presentaba su enfermedad, que el hombre de ciencia le contó con los muertos.

Su enfermedad duró bastantes dias.

A pesar de su pobreza, nada le faltó.

Un ángel habia velado á su lado.

Este ángel fué Beatriz.

Capítulo XVIII.

Ardides del amor.

Beatriz supo al dia siguiente por su paje Beltran que su protegido estaba enfermo.

Maese Repulgo, que no las tenia todas consigo acerca de la solvencia de su huésped, cuando le vió enfermo y oyó al doctor recetarle algunas drogas, se creyó con derecho para registrar el limosnero de Colon, y halló unos pocos maravedis, que constituian todo el tesoro del pobre extranjero.

—Pues, señor, esto va mal,—se dijo:—yo bien conozco que la caridad me ordena hacer cuanto pueda por el prójimo; pero si luego no puedo resarcirme de los gastos que haga en su beneficio, y no consigue realizar su pretension, habrá ganado mucho para el cielo, pero lo que es para la tierra nada absolutamente.

Y partiendo de este principio poco generoso y nada cristiano.

—Pues lo que es yo,—se dijo,—no he de desatenderle ni perder mi dinero.

Y obedeciendo á una idea que cruzó por su imaginación, y como habia oido á los demás huéspedes, y aun al mismo Colon, que era su protectora doña Beatriz Enriquez de Córdoba, se dirigió á casa de la dama de la reina, y el primero á quien halló fué á Beltran.

Además de conocerle por ser vecino, recordó que el paje habia estado una ó dos veces á visitar á su huésped, y celebró mucho su encuentro.

—Venia á buscaros precisamente,—le dijo.

—Pues ¿qué ocurre?

—Una desgracia.

—¿Que me interesa?

—No tanto á vos, segun creo, como á vuestra señora.

—¿Se trata del huésped extranjero que teneis en la posada?

—Precisamente se trata de él.

—¿Qué ocurre?

—Que está enfermo.

—¿Enfermo decís?

—Y de bastante gravedad.

—¿Habeis llamado á algun curandero?

—He mandado venir á Leví, y le ha recetado algunas yerbas; pero poniendo muy mala cara al verle.

—Segun eso, creéis ..

—Que está en peligro.

—Y él os envía...

—El no; no puede hablar. Desde anoche no le deja un solo instante la fiebre, y se ha pasado muchas horas delirando.

Pero yo sé que doña Beatriz se interesa por su suerte; y como es extranjero y no tiene ni familia, ni amigos en la ciudad, he creido cumplir un deber viniendo á daros noticia de su estado, porque la verdad tambien es que el infeliz carece de recursos. Si yo fuera rico... pero el oficio mio tiene muchas quiebras. En fin, todo lo más que puedo hacer por él es compadecerle.

—Habeis obrado prudentemente viniendo aquí; voy á participar á mi señora la noticia que acabais de comunicarme, y estoy seguro de que dará las órdenes oportunas para que nada falte á vuestro huésped. Id descuidado, que yo no tardaré en volver á veros.

—Pues, señor, acerté,—se dijo maese Repulgo al retirarse.

Beltran subió á su casa, y entró en el cuarto de su ama.

La infeliz sufría mucho, y en su rostro se revelaban los padecimientos de su alma.

Pero Beltran estaba verdaderamente interesado en favor de Colon.

—Señora,—dijo,—tengo que daros una mala nueva. El pobre extranjero por quien tanto os in-

teresais ha caído gravemente enfermo, y según acaba de decirme el posadero en cuya casa está de huésped, carece absolutamente de recursos para atender al restablecimiento de su quebrantada salud.

Esta noticia produjo una inmensa emoción en Beatriz.

—¡Oh! ¡Dios mío!—exclamó.—El, enfermo, en un país extranjero, completamente solo; y en una miserable posada. Beltran, es necesario que ahora mismo corras á su lado; que no te separes de él, y procures que no le falte nada.

—Os doy gracias, señora, porque me designais para velar á su cabecera, y yo os prometo desde luego que haré cuanto me sea posible para lograr aliviar su desgracia.

—Sobre todo, ven á decirme de cuando en cuando cómo se halla.

Y cuando se quedó sola, porque Beltran se preparaba á obedecer su mandato:

—¡Dios mío, Dios mío!—dijo.—Apíadate de él. Le he ofrecido un cariño de hermana, y su muerte llenaría de luto mi corazón.

Beltran no tardó en llegar al lado de Colon.

El pobre enfermo no le reconoció siquiera.

La fiebre le devoraba.

Su delirio era espantoso.

Unas veces, agitándose convulsivamente en el lecho:

—No lo dudeis, —gritaba;—os he ofrecido tierra,

y no tardaremos en pisarla; pero remad sin miedo, centuplicad las fuerzas: no queráis perecer al borde de la orilla. ¡Animo, amigos, ánimo!

Y al decir esto, se agitaba como si también él remase en medio del Océano borrascoso.

Otras veces:

—Callad, callad,—decía.—¿No escuchais esa música que llega hasta mi alma? Son los sonidos del órgano.

Estamos en la casa del Señor. La imagen de la Virgen tiene á su alrededor una aureola de luces; ¡prosternáos ante ella; orad, hermanos míos!

Otras:

—Es ella, sí,—balbuceaba.—Se adelanta con paso majestuoso hácia mí; sus negros ojos son el emblema de la bondad; ella me amparará.

¡Ah! ¡Dios mío! ¿Por qué no me dejais ver en el fondo de su corazón? ¿Qué sentimientos tiene hácia mí? ¿Es la felicidad, ó la desgracia? ¿Me acaricia, ó me hiere? No, no os la lleveis, no me separes de su lado.

Después de estos momentos de exacerbación, caía en una especie de sopor, y permanecía largo tiempo sin moverse; pero con la respiración agitada y cavernosa.

Al mismo tiempo un sudor frío bañaba su frente y sus manos.

No reconocía á ninguno de los que estaban á su lado.

Sólo al oír la voz de Martín Carrasco, que entró á

informarse de su estado, se estremeció, y pugnando por levantarse:

—Sí, sí,—dijo,— es un asesino, él nos ha separado. ¡Ah! Apartadle de aquí, apartadle. Quisiera beber su sangre.

Beltran fué por la tarde á comunicar á su ama todo lo que habia visto, y despues de recibir sus órdenes, volvió de nuevo á la posada, y buscó á maese Repulgo.

—¿Qué pensais del enfermo?—dijo á éste.

—Yo no doy un maravedí por su vida,—contestó.

—¿Quién sabe?—contestó Beltran.—Pero oid; tengo que hacer os una proposicion.

—¿De parte de vuestra ama?

—Eso no os interesa; figuráos que soy yo, pura y simplemente yo, quien os habla.

—Sea enhorabuena; decid.

—¿Cuánto quereis por despedir á vuestros huéspedes?

—Eso es muy grave.

—No os aprovecheis de la ocasion; decidme cuánto os produce su estancia en vuestra casa, y puede ser que nos arreglemos.

—Los que están de asiento me hacen ganar diariamente treinta maravedís de plata; pero eso es lo de ménos: los que pasan aquí una noche, los que van y vienen durante el dia, me producen el doble.

—Pues bien: yo voy á daros tres doblas cada dia,

que es mucho más de lo que ganais; pero vais á desalojar la posada.

—Es muy difícil. No hay otra más barata que la mia. Mis huéspedes son pobres; y por otra parte, es jugarles una mala pasada plantarles en la calle.

—El dinero ¿no os hace aguzar el ingenio?

—Yo bien quisiera ganar lo que me ofreceis; y si eso fuese siempre...

—Lo será mientras dure la enfermedad de Colon, y despues que se restablezca, si como es de esperar, Dios oye nuestras súplicas; hasta que logre recuperar las fuerzas perdidas... Con que, ¿qué respondeis?

—Amigo mio, me da lástima perder una ocasion tan favorable para mí, porque la verdad es que si recibo algo más de lo que gano hoy, y no tengo que dar nada en cambio... Pero francamente soy muy cristiano, incapaz de hacer una mala obra á nadie, y estoy seguro de que causo un perjuicio y no flojo, á mis huéspedes si les digo que marchen de aquí.

—Teneis un medio de conseguir vuestro deseo sin necesidad de despedirlos.

—Un medio, ¿cuál?

—Un medio eficacísimo.

—Pues hablad, hablad pronto, que si tiene la virtud que decís, en seguida le pongo en práctica.

—Leví es judío, ¿no es verdad?

—De pura raza.

—¿Ama el dinero?

—Más que á su vida.

—¿Teneis alguna influencia sobre él?

—Como que le proporciono la mayor parte de sus ganancias.

—Pues bien: en ese caso él os puede ayudar. Nada más fácil que indicar á los que le pregunten que la enfermedad del extranjero es contagiosa.

—Ya os comprendo; ¡sublime ideal!

—Puede añadir que no tendrá nada de extraño, que si se contagiaba alguno con su mal, se desarrollase una peste. En otras ocasiones, forasteros han sido los que han infestado las ciudades con epidemias.

—Teneis razon.

—Estas palabras, dichas por un hombre de ciencia, bastarian para que vuestros huéspedes y todos los arrieros se marchasen en seguida, y no volviesen por aquí en ningun tiempo. Si la noticia circulaba, se alejarian, no sólo ellos, sino los vecinos huirian tambien, y no pasarian por la calle en algun tiempo. ¿Os acomoda el plan?

—Es excelente.

—Pues ahí teneis á cuenta quince dias de salario.

—¿Y si no dura tanto la enfermedad?

—Mejor, eso ganais.

—Pues entonces, voy á ver á Levi y á prepararle.

—En efecto, se entendió con el médico judío, y al llegar, precisamente cuando todos los huéspedes estaban reunidos en el hogar, despues de haber visi-

tado al enfermo, entró pidiendo agua para lavarse las manos, y con aire de misterio mandó á una de las criadas que calentase unas tenazas y quemase con ellas un poco de vinagre que mandó echar en una cazuela.

—¿Por qué hará eso el curandero?—dijo uno.

—Mala espina me da, —contestó otro.—Eso se hizo cuando la última peste.

—¿Qué tal sigue el enfermo?—preguntó maese Repulgo en alta voz para que la oyeran los circunstantes.

Todos prestaron atencion.

—No está muy bueno, y temo que su mal va á traernos á todos fatales consecuencias.

—Pues ¿qué tiene, que tiene?—preguntaron todos con avidez.

—Nada, poca cosa; pero lo que es él entrega el pellejo. Sensible, muy sensible seria que él muriese, pero más sensible lo que puede venir detrás.

—Vamos, señor Levi, sea usted franco, y díganos lo que pasa.

—Casi es en mí un deber no ocultarlo. Al fin y al cabo, quien huye de la ocasion evita el peligro.

—Oid—dijo á aquellas gentes, que se levantaron para acercarse á él,—ó mucho me equivoco, ó la enfermedad que tiene el huésped es uno de esos males terribles que inficionan el aire que respira el enfermo, y desarrollan epidemias en la ciudad.

Al decir esto todos se estremecieron.

—Por Dios, señor Levi,—dijo maese Repulgo,—

¿qué es lo que dice vuestra merced? ¿No veis que me arruináis? Eso no pasa de ser una suposición, y estoy seguro de que todos los que la han oído van á poner piés en polvorosa.

—Y tanto como lo haremos,—dijo uno.

—No, hasta ahora no hay cuidado,—añadió el astuto curandero.

—Pero todas las epidemias han empezado así. Al fin, ese hombre es extranjero, puede haber traído de su nación el mal, y sería una lástima...

—Maese Repulgo, maese Repulgo,—exclamaron algunos,—diga qué le debemos, y que lo pase bien.

—Esto es horrible,—exclamó el posadero;—este hombre va á perderme.

—Poca cosa se pierde,—dijo Martín Carrasco;—aunque no se perderá, porque también vuesa merced, á pesar de estar gordo, correrá como un galgo. Ea, en marcha, señores.

Maese Repulgo, fingiendo un sentimiento que no tenía, ajustó cuenta con unos, dejó escapar á otros, y en diez minutos quedó desierta la posada.

No fué esto lo peor, sino que los que huían refirieron á los que se hallaban en la calle los motivos de su fuga, y en un momento se puso el barrio en conmoción.

Como todo estaba preparado, mandó llamar doña Beatriz á uno de los médicos de Palacio para que viera al enfermo, y éste, después de visitarle, tranquilizó á Beatriz y á las personas allegadas á la corte que habían oído los rumores de un caso de peste.

—No es nada,—dijo,—es una fiebre, hija más que de causas físicas, de padecimientos morales. El descanso y el cuidado le sacarán adelante.

Pero el vulgo no quiso dar crédito á este pronóstico, y Beatriz logró lo que deseaba: la soledad en torno de su casa y de la posada en donde yacía Colon.